

LUCIÉRNAGAS

de Ana María Matute

1. Ana María Matute (Barcelona, 1925)

Fascinada desde siempre por los cuentos, empezó a crear ella misma y, con cinco años, escribió el primero de ellos. El mundo de la fantasía fue su refugio ante la severidad de los adultos, la enfermedad... Fue a causa de esta última que Matute tuvo la oportunidad de pasar más tiempo del que estaba previsto en contacto con la naturaleza, en una finca de sus abuelos maternos; nunca abandonará ya Ana María su amor por el bosque ("En el bosque" es el título de su discurso de entrada a la Real Academia).

Con once años, Ana María conoció la violencia, el odio, la muerte, la angustia, la extrema pobreza, que dejaron honda huella tanto en su persona como en su obra. Matute pertenece a la generación llamada de "los niños de la guerra" (ella la califica de "niños asombrados"), de la que también forman parte Rafael Sánchez Ferlosio, Ignacio Aldecoa, Carmen Martín Gaité o, entre otros, los hermanos Goytisolo. En novelas suyas como *Los Abel* (1948), *Fiesta al noroeste* (1953), *Pequeño teatro* (1954), *Los hijos muertos* (1958) o *Los soldados lloran de noche* (1964) queda patente esta mirada "asombrada" del protagonista infantil o adolescente, que ve y, muy a pesar suyo, tiene que entender los sinsentidos que le rodean.

«Entre las miserias de los adultos, los niños que no las entienden son breves luciérnagas que brillan quedamente en la noche, son la única esperanza que queda, porque se tienen a sí mismos.»

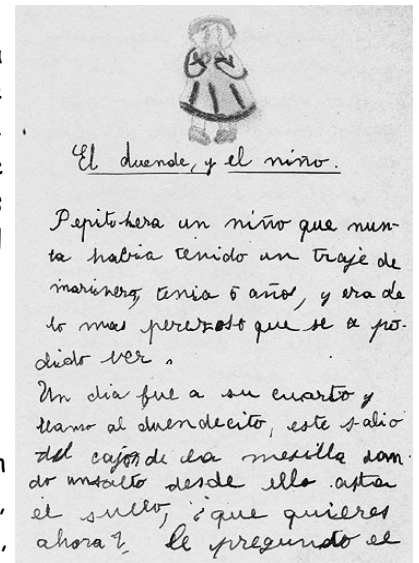
Ana María Matute escribió su primera novela, *Pequeño teatro*, a los diecisiete años, aunque no fue publicada hasta doce años más tarde. En 1949, *Luciérnagas* queda finalista del Premio Nadal (que ganó Delibes, con *La sombra del ciprés es alargada*), pero la censura impide la publicación de la obra. Hubo que "revisarla" y, en 1955, apareció con el título de *En esta tierra*; el texto íntegro vio la luz, finalmente, en 1993.

En 1952, Matute se casó con el escritor Ramón Eugenio de Goicoechea, con el cual tuvo a Juan Pablo, al que dedicó buena parte de sus obras infantiles. Tras separarse de su marido, en 1963, Ana María vivió la durísima experiencia de perder el derecho legal a ver a su hijo.

Propuesta para el Premio Nobel de Literatura en 1976, después de un largo silencio narrativo, en 1984, obtuvo el Premio Nacional de Literatura Infantil con *Solo un pie descalzo*. En 1996 publicó *Olvidado Rey Gudú* y fue elegida académica de la Real Academia Española de la Lengua, donde ocupa el asiento K y es la tercera mujer aceptada dentro de esta institución.



Con sus obras traducidas a 23 idiomas, en 2007 recibió el Premio Nacional de las Letras Españolas al conjunto de su labor literaria. El Premio Cervantes le llega en 2010.



2. Títulos básicos de su bibliografía

Narrativa: *Cuentos de infancia*
Los Abel (1948)
Las luciérnagas (1949) - no publicada
Pequeño teatro (1954)
En esta tierra (1955)
Los hijos muertos (1958)
Trilogía "Los mercaderes" - *Primera memoria* (1959)
- *Los soldados lloran de noche* (1964)
- *La trampa* (1968)

Luciérnagas (1993)
Olvidado rey Gudú (1996)
Aranmanoth (2000)
Paraíso inhabitado (2008)

Ensayos: *A la mitad del camino* (1961)
El río (1963)

Novelas cortas, cuentos, relatos: *Historias de Artámila* (1961)
El polizón del Ulises (1964)
Solo un pie descalzo (1983)
El verdadero final de la Bella Durmiente (1995)



3. La obra de Ana María Matute

Ana María ha dicho en más de una ocasión que su vida es y ha sido una *vida de papel*: ella ha vivido en las lecturas, los escritos, en la literatura. Pero hay, en los primeros años de vida, tres circunstancias personales que la marcaron: el nacimiento dentro de una familia acomodada sometida a unas convenciones sociales que ella rechazó y de las que escapó en cuanto pudo, su estancia en Mansilla (convertida míticamente en Artámila), donde descubrió otra forma de vida y aprendió a amar la naturaleza, y la guerra civil. Las tres influyeron de una manera u otra en su obra.

Escritora desde antes de saber escribir, Matute, que concibe la literatura como una forma de estar en el mundo, es ante todo una fabuladora, una tejedora de historias en las que la magia de la vida y de la literatura lleva a lectores de todas las edades bien lejos de lo "políticamente correcto", de la edulcoración falsificadora. Voluntariamente alejada de modas, niega rotundamente que la suya sea una literatura realista: la defiende "mágica", que no fantástica.



"Con sus libros Ana María Matute ha creado un universo, que trasciende los temas y refleja la condición humana en su complejidad y variedad: el que relata la niña asombrada que mira perpleja a los adultos sin atinar a comprenderlos; el de los personajes solitarios. Pobres, enfermos, personajes habitados por el odio o el rencor, resentidos, mezquinos, crueles (como los adultos de «El amigo» y de otros muchos cuentos), y también orgullosos, nobles, deliciosos (como el dickensiano maestro de «Los niños buenos»), desolados (el protagonista de «El maestro»)



o fantásticos, como salidos del mundo de Andersen («La razón»).

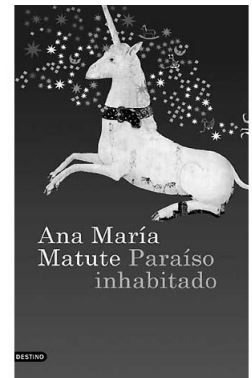
Pero, sobre todo, el de los niños y adolescentes, náufragos de vidas familiares desgarradas o rotas. Muchos son huérfanos, o tienen unos padres (especialmente unas madres) que no los quieren. En el universo de Matute no hay madres, los personajes se enfrentan solos al mundo, y para que se sienta más claramente esa desolación, ese desamparo, Ana María les arrebató a esas madres, que representan el cobijo, el refugio cariñoso y protector que necesita un niño.

En su obra hay siempre una mirada crítica, un toque de atención, una empatía hacia los perdedores y los débiles, una rebeldía genuina y una tensión entre lo inventado -sus tramas y personajes- y lo reinventado, ese mundo deforme, injusto y cainista que da entidad a la invención.

El cainismo, el enfrentamiento entre hermanos, el bien y el mal, es remedo de la guerra civil española, siempre presente, de una manera u otra, en su obra. Como lo está el mundo de la posguerra: un mundo hermético, en el que no pasaba nada, el mundo de la mediocridad, la pobreza y la mezquindad; un mundo encerrado en sí mismo, ciego ante lo que ocurría más allá de sí. Un mundo del que surge otra de sus constantes: la arbitrariedad del poderoso, la crueldad del fuerte hacia el débil, el egoísmo, la ausente presencia de las gentes sin voz, marginadas, desposeídas (como las de los relatos de *Historias de la Artámila*).

A Ana María le ha preocupado siempre la incomunicación; ese muro que surge entre los seres humanos, que no logra romperse jamás, y conduce a la soledad y a la incompreensión. Las cosas no dichas que son como heridas que no pueden supurar y se pudren dentro del organismo y acaban en la muerte.

Y, sobre todo, la infancia y la adolescencia. La infancia como un paraíso del que se es arrojado bruscamente, irrecuperable; y la adolescencia, la tierra de nadie, donde no se es ni niño ni adulto, y se va a la deriva como náufragos de la vida. Además tiene el don de saber escudriñar en el interior de los niños, de ver lo que otros no son capaces de ver (como Ivo, que mira a través de una rendija y descubre un maravilloso árbol de oro donde los demás no son capaces de ver nada). La infancia es el universo donde Ana María se mueve con maestría, los niños son los protagonistas, e incluso cuando lo son los adultos, muchos de ellos llevan sobre sí el peso de la infancia. (Ella, que siempre afirma que el adulto es lo que queda del niño, se lo hace decir a Adri en *Paraíso inhabitado*: «La infancia es más larga que la vida»).



En esto Matute es también singular: la infancia como tema no es muy frecuente en la literatura española, al contrario que en otras literaturas, como la inglesa. El abordarla le ha supuesto a Ana María la etiqueta de escritora para niños. Pero, salvando que realmente tiene algunos libros para niños (los que escribió cuando su hijo era pequeño), Matute no escribe para niños, escribe sobre niños.

Decía Quiroga que: «El cuento era, para el fin que le es intrínseco, una flecha que, cuidadosamente apuntada, parte del arco para ir a dar directamente en el blanco». Y en el centro de la diana da Matute con cada uno de estos relatos. En los que además saboreamos un estilo evocador y sencillo, Matute tiene la maestría de hacer fácil lo difícil. Y nos hace creer que realmente es fácil cuando conseguir ese poder de evocación y concisión es lo más difícil que hay en la escritura. Corrige mucho, pule los libros casi en demasía con el prurito del trabajo bien hecho, aspirando a que no se note el esfuerzo, que parezca que todo ha surgido así de sencillo, que el resultado es algo espontáneo, algo natural, escribir claro para que te entienda la gente.

Ana María escribe con todos los sentidos. Su estilo es muy sensorial; abundan las sensaciones visuales, olfativas, auditivas, plásticas. Se recrea en ellas, las vive y nos hace vivirlas; cuando un personaje se tumba en la hierba, el lector puede experimentar la sensación de que puede tocarla, de que puede sentir el olor de la hierba mojada del verano. A veces se recrea en hechos pequeños cotidianos, y, luego, cosas trascendentales (como la muerte de un personaje) las resuelve en dos palabras: «se murió». Con esa manera tan suya de darnos un mazazo. Cuando se leen sus cuentos (o pasajes de sus novelas) no puede uno relajarse porque antes o después te van a sacudir con un mazazo. Porque, como ella dice, realmente las cosas se acaban así. La gente que quieres de pronto desaparece, sin más, sin aviso, en un

segundo.

Cada vez que leemos o releemos una de sus obras, descubrimos algo nuevo. Siempre hay un personaje, un pasaje que nos introduce en un universo al que no habíamos accedido antes. El dolor, la pasión, la alegría, todos los sentimientos están a flor de piel en cada una de sus obras. Su literatura es tan vital como lo es ella misma, esa mujer que se ríe de su sombra y se bebe la vida a borbotones. Pero que no entiende la realidad que la rodea, que no sabe desenvolverse en ella porque, en buena medida, no le interesa. Le interesa su mundo, el que fabrica a través de la imaginación. Y en él vive, a pesar de que es un mundo que ni ella misma acaba de conocer. [...]



«El arzadú me lo inventé. No te puedes imaginar en Estados Unidos, con lo meticulosos que son, cómo me preguntaban y me lo hacían dibujar en la pizarra, "¿Blanco?, pero usted dice en su obra que es rojo", "Es que había blancos y rojos". [...] Cuando estaba escribiendo si necesitaba una flor y no me acordaba de ninguna, pues me la inventaba; en lugar de poner nombres de flores de verdad, me imaginaba las mías propias y les ponía un nombre: "Un arzadú, venga". A mí escribir sin inventar me parece una pérdida de tiempo. La literatura es la literatura, y eso es lo que a mí me gusta, literaturizar las cosas. Porque mi vida la he literaturizado, mis amores, mis odios, mis episodios, mis dolores, mis felicidades, todo lo he convertido en literatura. Está muy bien la literatura, hija». " (1)



Palabras extraídas de "En el bosque" (discurso de ingreso a la RAE, 18 de enero de 1998):



- la guerra: el inmenso dolor que sentimos cuando el fanatismo y la barbarie azotan el mundo, cuando la injusticia y el horror dejan de ser imágenes o recuerdos borrosos, y se convierten en algo palpable, se nos imponen como una presencia ineludible y dejan en nosotros una huella dolorosa.

- Porque el bosque era el lugar al que me gustaba escapar en mi niñez y durante mi adolescencia; aquel era mi lugar. Allí aprendí que la oscuridad brilla, más aun, resplandece; que los vuelos de los pájaros escriben en el aire antiquísimas palabras, de donde han brotado todos los libros del mundo; que existen rumores y sonidos totalmente desconocidos por los humanos, que existe el canto del bosque entero, donde residen infinidad de historias que jamás se han escrito y acaso nunca se escribirán. Todas esas voces, esas palabras, sin oírse se conocen, en el balanceo de las altas ramas, en la profundidad de las raíces que buscan el corazón del mundo.

- la poesía es la esencia misma de la literatura.

- Cuando en literatura se habla de realismo a veces se olvida que la fantasía forma parte de esa realidad

- Escribir es para mí recuperar una y otra vez aquel día en que creí que podría oírse crecer la hierba, cuando la noche llegó a ser más brillante que el sol.

- Para mí, escribir no es una profesión, ni una vocación siquiera, sino una forma de ser y de estar, un largo camino de iniciación que no termina nunca, como un complicado trabajo de alquimia o la íntima y secreta cacería de mí misma y de cuanto me rodea.

(1) María Paz Ortuño Ortín

- Ser escritor es una puerta que se abre, una barrera que se franquea, un mundo al que se tiene acceso; algo parecido a lo que le ocurrió a Alicia ese día en que, tras cambiar algunas reflexiones con su gato (y tal vez con sus sueños), se encaramó al espejo de la chimenea y, suavemente, pasó al otro lado. No se tiene noticia de que leyera antes instrucciones ni folletos explicativos al respecto. Poco más o menos todos los escritores empezamos a escribir ese día en que, por primera vez, la vida nos conduce a atravesar esa rara y translúcida barrera.

- La literatura es sobre todo, la expresión más maravillosa que yo conozco del deseo de una posibilidad mejor. Para mí, escribir es la búsqueda de esa posibilidad.

- Porque todos y cada uno de nosotros llevamos dentro una palabra, una palabra extraordinaria que todavía no hemos logrado pronunciar. Escribir es para mí la persecución de esa palabra mágica, de la palabra que nos ayude a alcanzar la plenitud.



4. *Luciérnagas*

Luciérnagas, en palabras de Dámaso Santos, "quizá la novela más emocionalmente intensa que se ha escrito de nuestra guerra civil", se centra en uno de los temas preferidos de Matute: la pérdida de la inocencia y la irrupción de los adolescentes en un mundo de adultos amenazado por circunstancias extremas, como es el caso de la Guerra Civil. Los temas secundarios (el amor, la soledad, la desilusión, el horror de la guerra...) se desprenden, dolorosa e inevitablemente, de este principal.

Tiempo y espacio: Narración lineal, que abarca toda la Guerra Civil, se desarrolla en Barcelona; una Barcelona que, sin embargo, tiende a perder sus rasgos reales y equivale a veces al bosque en la narración fantástica folclórica, en una novela que mantiene un difícil equilibrio entre lo histórico y lo simbólico.

Sobre el eje cronológico principal hay un juego de retrospectivas que sirven para construir los antecedentes de los personajes y para producir la ilusión de la narración simultánea.

Personajes: Narración de protagonismo conflictivo. Los personajes son, en su mayoría, adolescentes. Sol, la joven que abre y cierra la novela, ocupa un lugar destacado. Sin embargo, puntualmente asumen un papel protagonista Eduardo, Cloti, los hermanos Borrero. La narración tiende, sin embargo, a regresar a Sol (Soledad, nombre parlante que formula uno de los temas principales de la novela.).



Efectivamente, los personajes son "mónadas" (símbolo de las luciérnagas, de las mariposas disecadas) que puntualmente se comunican con el mundo exterior. Cada uno de ellos es el sujeto de una búsqueda, que tiene sus raíces en el cuento.

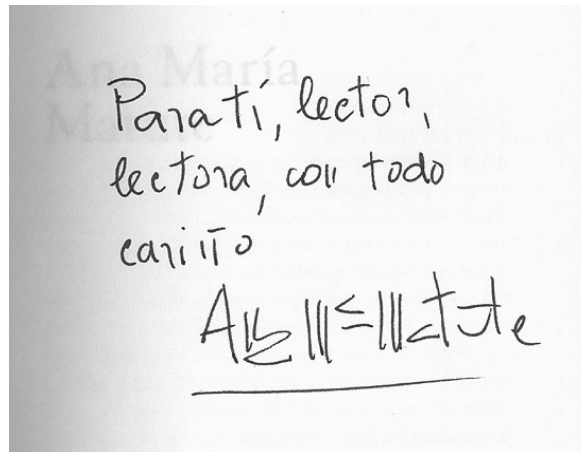
El personaje tiende a ser ambivalente desde el punto de vista moral. Por ejemplo, personajes ambivalentes y siniestros, Ramón Boloix y Pablo, ambos detentan momentáneamente el poder y son amos de un tesoro.

Son interesantes los contrapuntos que observamos entre pares de personajes como Roda/Borrero, Sol/Cloti y Pablo/Cristián. Asimismo, es de notar el valor del número tres: Chano, Daniel y Eduardo. Pablo, Cristián y Daniel. Interesantísimas se nos presentan las variaciones sobre los temas del amor y la maternidad que encarnan los personajes femeninos: María, Elena, la madre de Cloti, Cloti, la madre de los Borrero o Sol.

Punto de vista: narrador omnisciente que tiende a focalizar con el personaje, yendo de uno a otro, no en cronología rigurosa.

Estilo: Prosa poética que busca un ritmo solemne, casi de plegaria: juega con el símbolo, la aliteración, las sinestésias, las metáforas, los paralelismos, las enumeraciones. ..

La enorme herida de la buhardilla que ahora se ofrecía a sus ojos era de una tristeza vulgar, casi ridícula... “No hay derecho a descubrir de esta forma la miseria de la gente...” Era todo lo que se le ocurría, era lo único que pensaba en medio de su frío, de aquella gran ausencia que le rodeaba. Allí estaba, roto y expuesto a las miradas, el escenario de su niñez, su maltrecha pobreza sobre un fondo de tejados oscuros y de estrellas. Era extraño cómo aparecían a sus pies objetos familiares, cotidianos, terriblemente domésticos. Con súbita furia, dio una patada al hornillo de alcohol donde su padre acostumbraba a calentar el desayuno antes de ir a la academia, y, ¿dónde había estado, durante años, aquel patín de Daniel que ahora se balanceaba en el aire, colgado de sus correas? El suave vaivén del viejo juguete ponía una tibia pincelada sobre el hueco de la noche, y se sintió sin fuerzas para mirar hacia abajo, a la oscuridad que se tragó la cama de Daniel, y a su padre, seguramente. A nadie se oía, a nadie se veía, únicamente aquel hueco como una inmensa dentellada. Solo silencio y el viento de la noche. Una rata se paseaba despacio, entontecida, sobre un saliente, y entre la masa oscura de la ciudad se encendían, aquí y allá, grandes resplandores que se reflejaban en el cielo despedazado tras las vigas retorcidas. El cielo solo sabía reflejar y mirar, era horrible el cielo con su gran bóveda impasible sobre los hombres, la tierra, los antiguos juguetes olvidados. Se goza de la vida, se hunde la vida, se llora o se ríe, y el cielo sigue mirándonos como si nada hubiera ocurrido, agujereado de estrellas amarillas. (pág. 221)



[Complementaremos el estudio de *Luciérnagas* tras su lectura y a partir de la guía que os proponemos]